

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 22 DE ABRIL DE 1923

NÚM. 20.038



EN LA FERIA DE SEVILLA.—«BAILES TÍPICOS», DIBUJO ORIGINAL DE HOHENLEITER

Ayuntamiento de Madrid

IMPRESIONES
DE UN LECTOR

LA REVISIÓN DE LUCRECIO

ACABA de aparecer el primer volumen de una colección que ha de honrar extraordinariamente a la cultura catalana, y por lo tanto a la española. Me refiero al texto y a la traducción de los tres primeros libros de Lucrecio, por cuenta de la Fundación Bernat Metge. Este primer volumen inicia una empresa de miras grandiosas, que se propone editar los grandes clásicos en la restitución más escrupulosa de los textos griegos y latinos, acompañada de versiones catalanas; una especie de *Corpus litterarum*, integrado en una literatura que no había recibido hasta ahora esa máxima consagración. El nombre de Bernat Metge, colocando esa empresa bajo la advocación del gran humanista catalán de los siglos XIV-XV, expresa bien los designios de la iniciada Biblioteca, especie de colección Didot, o Nisard, en lengua catalana.

El volumen correspondiente a los tres primeros libros del poema *De rerum natura* ha sido editado bajo la dirección del doctor Joaquín Balcells, profesor en la Universidad de Barcelona, el cual le ha puesto un prólogo lleno de erudición y justeza crítica.

No es fácil, en un artículo destinado a comentar rápidamente las más interesantes novedades literarias, dedicar a Lucrecio unas palabras que concentren la revisión del viejo poeta latino, a través de un temperamento actual. Lucrecio no será nunca un poeta asequible a la vulgarización, aunque su obra se proponía vulgarizar la filosofía epicúrea. Su naturaleza poética corresponde a un tiempo en que las dificultades para la conservación y transmisión de las doctrinas sugerían la forma del verso, lapidaria y cadenciosa, para fijarlas y propagarlas.

El poema de Lucrecio tiene dos valores muy diversos: en un aspecto es eterno, en el otro es sobreviviente. Supervivencias son sus fervores de prosélito, sus ingenuas demostraciones, sus controversias prosaicas. Todo ello pertenece al caudal histórico de la filosofía, como pertenecen al caudal histórico de la literatura las rudezas de la versificación lucreciana, que iban torneando, lentamente, el viejo idioma.

Pero tienen, en cambio, valor de eternidad los esfuerzos de Lucrecio para esculpir en imágenes vivas y bellas las ideas cosmogónicas de su maestro; la sacudida viril con aquel temperamento nativo de poeta se sustraía a una religión decaída en plebeyas desfiguraciones, y reconstruía, según la norma de su tiempo, la intuición de las esencias supremas. Lucrecio, preconizador del ateísmo, no intentaba dar explicaciones humanas y heroicas a los mitos divinos, al modo de un Evhemero, sino que devolvía a los elementos naturales la virtud material de sus orígenes; y así, a fuerza de querer derribar a los dioses, recobraba la Naturaleza su divinidad perdida, cuyo trasunto formal y simbólico habían sido aquéllos.

En este sentido, Lucrecio es el patriarca de toda la ciencia moderna, a contar desde el humanismo. A su modo, es un Enciclopédico. Es una de las encarnaciones de Prometeo, y todos nosotros hemos trabajado a la remota luz de su antorcha arrebatada. Los dioses cuyo pedestal socavó habían sido, en sus orígenes, formas poéticas, imágenes correspondientes a la plasmación de otras ideas e intuiciones, incomprensibles para el vulgo. Lucrecio, en rigor, transformaba las an-

tiguas imágenes en otras nuevas, más cercanas a la divina naturaleza o, si se quiere, a la natural divinidad... Entre esas dos concordancias inversas radica la lucha eterna del criterio científico con el religioso; en el fondo, como en casi todos los grandes debates humanos, hay una cuestión gramatical, una anfibología, un equívoco.

Pero Lucrecio quería libertar de todo esoterismo, de todo misterio sacerdotal, su explicación del divino secreto. Y esta es la verdadera originalidad de sus impulsos de poeta. Ahí radica su audacia sacrilega, que probablemente originó la leyenda de su locura suicida, imaginaria venganza de los dioses.

Lucrecio, como poeta, creaba nuevamente a los dioses, como quien refunde el bronce de las estatuas que él mismo derribó. Los dioses clásicos tienen tal poder de inmortalidad, que reviven como númenes poéticos cuando han sucumbido como ideales de fe y han sido expulsados de sus templos. Los poetas los acogen como lares del hogar invisible, y los entronizan a la cabecera de sus sueños, para que fecunden la exhausta y ávida fantasía... Cuando ya no cuentan con la fe supersticiosa de las plebes, parece que su divinidad se depura y enaltece, porque no está manchada por la creencia burda en su realidad terrenal y en la objetividad de una vida so-

metida al tiempo. El poeta no los adora porque sean dioses, sino porque son bellos; y la circunstancia adventicia de su realidad sólo conseguiría amenguar su idealidad, que es su verdadera esencia divina. Serían cosas, y no ya ideas. Las formas visibles que les dan los poetas y los artistas son su único reflejo material, porque en ellas la materia parece aspirar a no serlo.

Así Lucrecio, llevado por su esfuerzo de lucha contra los dioses, no olvida su naturaleza de poeta; curioso poema el suyo, destinado a cantar el destronamiento de los dioses, e iniciado por la fulgurante invocación a Venus, «goce de los hombres y los dioses, que bajo las estrellas errantes del cielo pueblas el mar portador de naves y la tierra fructífera».

Todo el poema de Lucrecio, bajo su aparente frialdad sistemática, está animado por el fuego inconfundible. Poema de recomienzo, como antítesis lejana de Hesiodo; en él se iniciaba una era filosófica y poética que el cristianismo interrumpió, aportando al mundo ario elementos semíticos, correspondientes a una cultura mucho más atrasada. Lucrecio es un hombre de Renacimiento; y toda la cultura moderna deriva de su paternidad, a la cual no ha rendido la gratitud que le debe. Toda la concepción monista, todo el afán de integración y

unificación a que tiende la filosofía desde que se emancipó de la tradición dualista, es un eco lejano de los hexámetros de Lucrecio. En él se entroncan dos momentos que parecen antagónicos: una extrema cultura, como la que tuvo por receptáculo a Alejandría; y una varonil tosquedad de nuevos orígenes. Lucrecio, destructor de ídolos, es también un mítólogo, un creador de los nuevos mitos, de las nuevas enseñanzas, arrancadas a la eterna Esfinge. A través de sus versos, atormentados y horribos, nos sentimos mecidos por una nave intrépida, que avanza por el mar tenebroso, a descubrir el mundo vedado al conocimiento; la tierra que produce el Arbol de la Ciencia, guardado por el Ángel, y el Manzano de las Hespérides, guardado por el Dragón.

¿Poema didáctico? Esa clasificación retórica y pedantesca no se adapta, en verdad, al poema de Lucrecio. El designio didáctico, en Lucrecio, se reintegra en las primitivas cosmogonías, a modo de una epopeya de las fuerzas naturales. En boca del poeta, las explicaciones tienen algo de revelación sibilina. Producen un sabor extraño esa sutil transusión del pensamiento helénico en el léxico latino, todavía pretosco para recibir, como un ánfora, ese vino turbador. Lucrecio es la conjunción ideal de una decadencia con un recomienzo; junta las dos almas del clasicismo, helénica y latina.

Otra sensación inequívoca nos causa el poema *De rerum natura*. El viejo Epicuro se nos muestra en él con su original austereidad, desvirtuada por interesadas leyendas. Lucrecio, en una sociedad ya depravada, marca una estela de pureza. Como sus maestros, hay en él una apelación a la filosofía de los orígenes. La Naturaleza, devuelta a su divina soledad, recobra en la poesía lucreciana su dinámica creadora; parece que trepida, como la vertiente de un volcán, como el Etna de Empédocles. El doctor Balcells, en su prólogo, nota en Lucrecio un no sé qué de melancolía, bien ajena a la doctrina de Epicuro, que no es pesimista. Cita la frase de Giussani: «La epicúrea comedia de la naturaleza se torna en Lucrecio una tragedia.» Precisamente ese valor trágico es la fuerza personal del poeta, que al esculpir en sus versos sin estrofas la nueva imagen del Cosmos divino y único, le infundió lo que no podía darle Epicuro: un alma capaz de sentir el divino tormento, y avanzar por las tinieblas sin el contacto de una mano maternal, ni la ceguera, inspiradora de los sueños...

Gabriel ALOMAR

LOS POETAS

Un mal riego.

Regando su bancal estaba el Diego
y la nena pequeña que tenía
cayó a la cieca, y a la cieca abajo,
sobre la espuma, entre las brozas iba.
Tropezó en la pará; cayó a la hijuela;
siguió la hijuela alante la chiquilla,
y al llegar al bancal donde su padre
regando estaba desde el ser de día,
la arrumbó la corriente pa el quijero
ande él llamaba el agua. De seguías
la vido el Diego, la cogió en sus brazos,
corrió con ella por el cauce arriba,
abriéndose camino entre las cañas
sin saber si era muerta u era viva,
hasta romper en llanto la zagala,
y él, al verla llorar, romper en risa.
Gritaba como un loco, y a sus gritos
la voz de su mujer no respondía...
Llegó al cortijo... y en la misma cieca
donde, jugando, se cayó la hija,
la madre estaba; pero ahogó la probe!
Las trenzas enreás entre las siskas,
¡y las uñas hincás en un babero
que le estaba cosiendo a su nenica!!

J. M. ALVAREZ DE SOTOMAYOR

Una elegancia triste...

Una elegancia triste llena de sortilegio
el anillo de oro que tiene un amatista
y que fulge en tu mano con un hechizo regio,
gasta mano gloriosa de virgen o de artista.

Y la luz a que hojeas ese libro de horas,
con sus broches de plata y el damasco litúrgico,
vierte un suave reflejo de lágrimas que ignoras
al decir oraciones de un azul taumatúrgico.

La estancia, entre perfumes, con sus viejos tapices
y muebles primorosos, que tallaron artífices,
hoy encanta el silencio de una virtud exótica.

Se tamiza el crepúsculo en la enorme vidriera,
incendiando con tonos de inefable quimera
el pañal de colores de tu ventana gótica.

Adolfo CUENCA

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Acaba de ponerse a la venta

EL CORAZÓN

por

A. Hernández Catá

Libro en que su ilustre autor lleva a la perfección su arte de novelista apasionado y de escritor fuerte y ameno.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Precio: 5 pesetas.

GRAFOLOGIA.-LOS FILÓSOFOS

En verdad que, tratándose de un breve artículo, donde sólo pueden ir contados grafismos de filósofos, es natural un gran titubeo en la elección. La carencia de autógrafos de algunos muy notables, viene en nuestra ayuda por selección forzosa.

He aquí dos nombres que llenaron una época y que el pensamiento suele asociar por sus mismas diferencias: Voltaire, Rousseau.

Voltaire

Firma de Voltaire. Claridad perfecta, pequeña rúbrica convergente, rasgo de egoísmo, letras ligadas, exceptuando la inicial; lógica, reflexión antes de decidirse; lo que los franceses llaman l'arrêt du penseur.

*mauvais. J'ai donc eu courir par M. de Fontenelle que
jamais n'avait de moi tant de plaisir que de
chagrins à son auteur; et c'est l'honneur de Fontenelle qui
dépoussa. Jus qu'à quarante ans je fus sage, à quarante
ans je pris la plume et je la posai à cinquante,
maudissant tous les jours de ma vie celui qui m'en
orgueil me la fit prendre et qui je vis en son buste mon
repos ma santé. J'en aller en fumée sans espoir de les
revenir jamais. Voilà l'homme à qui vous demandez
conseil pour la publication d'un livre. Je vous salue
Monsieur, de tout mon cœur. Rousseau*
Pour Monsieur La Fare

Autógrafo de Juan Jacobo Rousseau. Escritura clara, coherente, angustiosa y muy tasada, de hombre que ha conocido las penalidades de la miseria y teme rebasar su presupuesto. La rúbrica, en forma de agudísimo puñal, refleja, en parte, la actitud defensiva, y a veces agresiva, de aquel espíritu enfermizo, irritado e inquieto. Pero, a pesar de estas condiciones, y en Voltaire, a pesar de su mordacidad y de sus desplantes, hay en ambos grafismos razón, normalidad, coherencia. Nótese que Rousseau, a despecho de su tasada, apretada escritura, de su economía del espacio, no tiene la menor confusión gráfica: ningún cabo de letras de la línea superior se entrelaza en los cabos de la inferior. En alguna palabra, como en *Pour*, las letras están enteramente desligadas: ráfagas de intuición.

Cher et savant

M. m'a demandé, au

*de désigner quelques personnes
attachées aux travaux du Collège
pour le titre d'Officier d'Académie.
Auriez-vous la bonté de me dire*

Billete de Ernesto Renán. Limpida claridad, imaginación contenida. Tomo este grafismo de un libro muy interesante, *Les révélations de l'écriture*.

Paprs un controle scientifique, de Alfredo Binet, director que fué del laboratorio de *Psychologie Physiologique*, en la Sorbona. Del mismo libro reproduzco también el siguiente grafismo de Bergson.

Mon cher

*Je m'associe de grand cœur à
l'hommage qui va être rendu à M. [redacted]
et vous adresse ci-joint un mandat-poste*

La claridad domina desde luego en esta escritura. La intuición—letras desligadas—resalta en esta letra menudita y fina, como también la simplificación gráfica, propia de la cultura. En la palabra *associe* hay dos graciosas reses tipográficas.

Friedrich Nietzsche

Firma de Federico Nietzsche, con la *F* inicial empenachada de orgullo o idealismo. Su escritura revela, ante todo, al poeta. Estamos tan habituados a clasificar a Nietzsche entre los filósofos, que acaso sorprenda al lector esta designación. Sin embargo, fué un poeta, no sólo por sus versos, sino por su filosofía, hecha de videncia, de intuición, de sentimiento de la belleza.—¿No detestaba a Sócrates porque no era sino un razonador?—Su escritura revela, como sus más salientes cualidades, la intuición y la absoluta independencia intelectual. Este es el pensador de quien se ha dicho que trepando de orgullo en orgullo llegó a la cima, donde la flora de las metáforas le escondía el precipicio.

En 1889, el 2 de enero, próximo a la locura, escribió un billete a Peter Gast. "Los rasgos de la escritura—dice su biógrafo Daniel Halevy con perspicaz observación—son grandes y deformados." Grandes: exaltación; deformados: alteración cerebral. Aquel mismo mes fué llevado a una casa de salud.

Atendidas las dificultades, se ha adoptado un acuerdo unánime. Todo irá bien. Hay cordialidad y entusiasmo, que es visible no poder difundir por toda España. Pronto se consumará la obra de un positiva redención

*Os abraza vuestro
Nicolás*

9 Abril 1907

Terminamos con una noble figura española — la de D. Nicolás Salmerón —, cuyo grafismo ofrece el más absoluto contraste con el anterior. Presenta las letras enteramente ligadas, con fuerte cohesión: rigurosa lógica. Revela concentración del pensamiento, concisión en la forma, gran energía moral, a pesar del temblor senil, visible en la escritura y revelador de la decadencia fisiológica.

M. RAS

De la Société de Graphologie de París.

Aventuras maravillosas de un pájaro de marfil

CUENTO PARA NIÑOS POR FIORELLA

Todo era silencio alrededor de la casa-museo; en las frondas vecinas los pájaros, apagado ya el eco de sus canciones, dormían acurrucados en sus nidos; apenas si el viento, silbando suavemente entre los árboles, decía quedamente su cavatina romántica al oído de las hojas.

Al sonar la hora bruja de la media noche, una vida fantástica pareció animar los abandonados salones de la casa-museo: las soberbias arañas de cristal tallado se iluminaron de pronto, como si se dispusieran a recibir las damas gráciles y pomposas dentro de sus miriñaques, y los galanes de peluca blanca, emparejados para un minué; los relojes, agobiados bajo la pesadumbre de sus urnas cristalinas, empezaron a mover sus agujas; hasta los viejos retratos parecieron animarse y tomar parte en la fiesta.

—¿Habéis visto? —interrogó un reloj Imperio, dorado y solemne como un viejo palatino.

—Sí, sí—respondió una Venus diminuta—; ya ha vuelto. Le trajeron esta mañana.

—¡Pobrecillo, cómo duerme! Debe estar muy cansado—comentó, piadosa, un ánfora griega.

Y todos los habitantes de la sala ardían en deseos de conocer las aventuras del pajarito, que reintegrado nuevamente a su fanal por tantos días abandonado, yacía en la eterna postura de pájaro muerto que al escultor le plugo otorgarle.

Al fin, agitó en el aire sus patitas, movió la cabeza y recobró la postura natural de un pájaro vivo; un chaparrón de preguntas cayó sobre él: —¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho? ¿Cómo te han vuelto a traer?...

—Calma, calma, amigos míos; todo lo sabréis. Dejadme sosegar un poco en esta divina quietud de nuestra casa. ¡Qué bien se está aquí y qué locos somos los pájaros soñadores que queremos conocer el mundo!

Un murmullo aprobador acogió las palabras, llenas de filosofía, del aventurero. Este prosiguió, elocuente:

—Yo os aseguro, amigos míos, que no podía más; tantos años encerrado bajo ese cristal antipático, oyendo las exclamaciones de los visitantes, habían agotado mi paciencia. ¡Oh! Sobre todo cuando el «cicerone» se detenía ante mí, desgranando con su voz monótona la eterna cantinela: «Este pájaro de marfil, valorado en cinco mil pesetas...», sentía una rabia loca. ¡Cinco mil pesetas! ¿Y quién ha sido el idiota que me ha puesto precio? ¿Acaso sabe nadie lo que valgo yo? ¡Y pensar que algunos visitantes encontraban fantásticamente exagerado el precio de una cosa tan pequeña y que ni siquiera tenía brillantes!

Toda la sala estaba pendiente de su discurso; hasta las cajas de música, inquietas y revolucionarias, permanecían calladas y serias.

—En fin, queridos—siguió diciendo el pájaro—, que estaba harto. La idea de huir se había apoderado de mí; no tenía mas que un deseo: volar, recorrer el mundo sin rumbo ni guía. Pero ¿cómo conseguirlo? He aquí el problema, como dicen que dijo Hamlet. Ya desesperaba de realizar nunca mi sueño, cuando un día vi acercarse al conserje con un señor alto que hablaba en una jerga parecida a la que usa nuestro vecino el barómetro: quería verme de cerca, sin el cristal. El conserje se negaba a complacerle, escudándose en el deber, en la consigna. El

obstinado visitante le ofreció cien pesetas. «No.» Doscientas. «Mi responsabilidad... está prohibido.» Trescientas. El conserje vaciló; pero cuando oyó la tentadora cifra de quinientas, no pudo resistir más. ¡Con qué ansia respiré el aire libre, amigos míos! Hacía años que no podía hacerlo; desde aquella visita de los reyes que todos recordáis. Después de mirarme detenidamente aquel hombre, se alejó, seguido del conserje; mi marfileño corazón temblaba en la angus-

—¡Ninguno!—afirmó, orgulloso, el pajarito—. Recorrí todas las salas, todavía silenciosas, y ya desesperaba de encontrar una salida, cuando, al pasar por la escalera, me apercibí de que en su claraboya había un cristal roto. ¡Estaba libre! Volé, sin saber dónde, atravesando jardines y bosques donde dormían mis hermanos inferiores, los pájaros de plumas. De pronto, advertí de que unos ojos redondos, enormes y luminosos, me contemplaban. Un grito extraño,

que se pasea de noche como nosotros. Protesté indignado de aquella comparación. ¿Dónde habían visto ellos un pájaro, jilguero o no jilguero, que vivía años y años, que viviría eternamente? Ellos escuchaban, alelados; todos se habían acercado, formando un estrecho círculo a mi alrededor, y me admiraban comentando el brillo y la blancura de mis plumas, la belleza de mi cuerpecillo frágil y, sobre todo, la elocuencia de mis palabras. Y entusiasmados, propusieron: «¿Quieres ser nuestro rey?» Accedí; ¿podía hacer otra cosa? Entonces les expliqué el misterio de mi existencia y les rogué que me indicaran un sitio seguro donde pudiera descansar durante el día. Todos juraron que guardarían mi sueño, y nombraron una escolta que había de acompañarme en mis paseos nocturnos y vigilar mi nido en las horas en que estaba condenado a permanecer inmóvil. Luego, entre gritos de entusiasmo, me dieron un nombre: «Marfileño I, el Inmortal», y me condujeron a palacio. Los primeros días se pasaron bien. Mis súbditos me veneraban, sobre todo desde que supieron que yo no necesitaba comer; pero una noche mi secretario—un joven buho, con gafas de concha—aguardaba, impaciente, mi despertar. «Huyamos—me dijo, apenas abrí los ojos—; tu ministro de la Guerra, celoso de tu poder, quiere destronarte para ponerse en tu lugar.» Dí las gracias a mi secretario y le tranquilicé, diciéndole que me dejara obrar por mi cuenta, pues no quería comprometerle.

Salí, pues, como de costumbre, seguido de mi guardia, y cuando nos hubimos alejado un tanto del palacio empecé a volar con toda rapidez; ellos quisieron seguirme; pero sus pobres plumas no podían luchar con mis fuertes alas de marfil, y pronto quedaron atrás. Volé así durante muchas horas, sin rumbo fijo; pero la mañana se acercaba y era preciso buscar un refugio. No quería acercarme a los árboles, plagados de nidos, cuyos moradores me miraban como a un ser extraño y sobrenatural, y decidí quedarme en el quicio de una ventana que daba sobre un altísimo tejado.

Cuando desperté estaba en una plaza muy rara, llena de tenderetes. Algo así como nuestra casa; pero allí todos los chismes eran viejos, y en lugar de ser salas como éstas, era una calle sucia y destaralada. ¡Qué días tan horribles! Nuevamente me veía condenado a permanecer horas y horas inmóvil, bajo los comentarios incoherentes de los curiosos.

En fin, amigos míos, que había llegado a pensar seriamente en el suicidio, cuando un día unos benditos señores me sacaron de allí. Deciros por los sitios que he pasado desde entonces sería imposible. Mi presencia en aquel lugar, que llamaban El Rastro, resultaba para ellos misteriosa y por demás incomprendible. Continuamente unos graves señores me cogían, me examinaban cuidadosamente con la lupa y discutían. Cuando, al fin, esta mañana me vi nuevamente entre vosotros, creí enloquecer de alegría. Yo os aseguro, amigos míos...

Calló el pájaro; por las radijas de los balcones empezaba a filtrarse la claridad matutina; el silencio invadía las salas de la casa-museo, mientras que fuera, los pájaros vivos saludaban, alegres, la vuelta del día.

FIORELLA

Dibujo de BARTOLOZZI.



tía de una esperanza: «¡Si se olvidara de encerrarme!» Así fué; entusiasmado con el dinero que tan fácilmente había ganado, se alejó, ponderando el riesgo que corría, sin acordarse más de mí. Un nuevo temor me asaltaba: ya sabéis que yo, lo mismo que todos vosotros, sólo puedo recobrar el uso de mis miembros a la media noche. ¿Comprendéis mi angustia al pensar que el conserje podía acordarse y volver a encerrarme, haciendo imposible mi fuga? Pero, no; alegre sin duda con el buen negocio, no se ocupó para nada de nosotros, y se contentó con encargar a su hija que cerrara todos los balcones. En cuanto pude moverme, salí de la sala buscando una ventana abierta por donde escapar.

—¿Y no tenías miedo? —preguntó la pequeña Tanagra.

agudo y melancólico rasgó los aires, y me vi rodeado de una multitud de ojos parecidos a los primeros. «¿Quién eres?», me preguntó, por fin, el dueño de los primeros ojos, acercándose a mí. Entonces pude ver que se trataba de un pájaro negro, con una cabeza muy extraña, parecida a la de ese señor del retrato. El marqués, tan irrespetuosamente aludido por el pájaro de marfil, hizo un movimiento de indignación, como si quisiera protestar. Los demás le impusieron silencio. El travieso narrador continuó su relato.

«Soy el pájaro de marfil»—dije, no hallando respuesta más adecuada—. «Es extraño—continuó el volátil de los ojos brillantes—; eres pequeño como un jilguero y tienes su misma forma; pero yo no había visto nunca un jilguero blanco

EL VENENO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE MARGARITA NELKEN

MANUEL Fontán tuvo ese gesto de disgusto que lo producían siempre las visitas inoportunas—y casi todas las visitas eran inoportunas para este hombre huraño, a quien largos años de estúpido habían conducido a una opinión harto desconsolada de la vida y los hombres.

Su madre, esta doña Paquita, menuda, sonrosada y exquisitamente indulgente, bajo el aspecto versallesco de su cabellera blanca, insistió:

—Es un chico muy joven, parece tímido, humilde; tal vez puedas ayudarlo en algo...

Manuel se resignó, sin disimular su contrariedad:

—Bueno, que pase. ¡El día que me dejen en paz...!

Desde las primeras palabras de aquiescencia, doña Paquita había desaparecido con su leve andar de ratoncito y una sonrisa de satisfacción en su carita de *biscuit* rosa. Volvió al punto e introdujo en el despacho a un muchacho como de unos diecisiete o dieciocho años—tal vez más, pues el exterior, tanto como de juventud era de raquitismo—, bastante alto, extraordinariamente enjuto, cara afilada y de mala color. La indumentaria, burguesa, pero rayando en lo miserable: a cuerpo en pleno invierno, con traje de tela veraniega, sin puños, y al cuello una cinta informe, anudada con una despreocupación que podía pasar por artística entre bohemios, pero que entre gentes correctas sólo podía resultar lo que era en realidad, o sea una estratagema para sustituir la falta de corbata.

Traía una gran carpeta debajo del brazo.

El visitante se detuvo en el umbral. Doña Paquita lo empujó suavemente y se fué, cerrando la puerta.

Al sentirlo el muchacho volvió la cabeza y quedóse aún más azorado, como si esa puerta, al cerrarse, le separase de todo lo que constituía su punto de apoyo y su certidumbre en el mundo, o como si la viejecita, al desaparecer, le hubiese dejado entregado en completo desamparo a todas las fuerzas adversas del destino. Nos miró alternativamente a los dos, dudando cuál era el que venía a visitar, e inició un vago movimiento hacia mí que, por encontrarme sentado a la mesa de trabajo de Manuel, le había parecido el dueño de la casa.

—No es por ahí, joven!—interrumpió éste con su vozarrón, cuyo destemple acabó de descomponer al chico.

—Usted... usted perdóname...; no sabía...

—De nada, hombre, de nada. Es muy natural. Siéntese aquí y dígame lo que se le ofrece.

El chico se sentó al borde del asiento indicado: una gran butaca de cuero que hacía parecer aún más disminuida su enclenque figura. Hundida en otra

butaca idéntica, la pesada humanidad de Manuel Fontán semejaba la encarnación del gigante antropófago de los cuentos. Y a todas luces ésta era la impresión del visitante, que miraba con terror la cara arrebatada (la comida había sido suculenta en extremo y el café copiosamente acompañado) de mi amigo, cuya barbita canosa se confundía

había interrumpido una semisomnolencia apenas cortada, muy de tarde en tarde, por una frase que uno de los dos pronunciábamos, más como instintivo desahogo del pensamiento que para información del otro. Amigos de antiguo, de trato asiduo e íntima compenetración, no precisábamos sostener una conversación para pasar agradablemente

da de ayuda que como interrogación acerca de mi incógnita persona.

Fontán quiso interpretarla de esta última manera:

—Este señor es un amigo, y lo que tenga que decirme puede decírmelo ante él.

¡No quedaba ya más remedio que ir al grano! El muchacho lo comprendió, tuvo una sonrisa lastimera para congraciarse anticipadamente las voluntades, y se lanzó en la historia que traía preparada, como quien se arroja al agua sin saber nadar: cerrando los ojos, de cabeza, y ¡a la gracia de Dios!

—Pues, yo, sabe usted, soy dibujante. Bueno — corrigió modestamente —, digo que soy dibujante, pero no es que dibuje en ninguna parte, sabe usted. Vamos, que quiero ser dibujante. Los que han visto lo que hago, les gusta, sabe usted. Y como usted...

—Vamos—interrumpió Fontán—, que lo que usted quiere es que le coloque algún dibujito, ¿no es eso?

El chico enrojeció hasta los pelos, adquiriendo así su famélico rostro aspecto casi normal, y, a punto de llorar, protestó:

—No, no vaya usted a creer... Yo lo que quería es que, si usted tenía la bondad, que... que me dijese lo que le parecen mis dibujos.

Manuel Fontán incorporóse en la butaca y, quitándose el cigarro de la boca, se puso a considerar atentamente a su interlocutor. ¡Pocos eran los artistas que le visitaban simplemente para conocer su valiosa opinión de crítico respetado e influyente!

—¿De modo—recalcó— que usted no pretende de mí que le introduzca en ningún periódico, en ninguna revista, en ninguna casa editorial, en ningún sitio, en fin, donde le podrían publicar sus cosas? ¿Usted lo único que viene a pedirme es que le diga qué me parecen sus dibujos?

—Sí, señor...; eso es.

—Y ¿por qué quiere usted saber eso?

El muchacho turbóse aún más, si cabía, buscando las palabras, difíciles en acudir en auxilio de su pensamiento. Por fin, con voz temblorosa y como avergonzándose de su confesión:

—Yo..., sabe usted, soy..., tengo poco dinero. Además, tengo que mantener a mi madre...

A mí el dibujo es lo único que me gusta... Yo creo que puedo llegar a algo... Todos me lo dicen... ¿Quiénes son todos? Mis amigos... Unos que van al *Casón* a copiar como yo... y otros.

—Siga usted.

—Pues, yo quería... que usted me dijese si le parece que debo continuar.

La voz se quebraba.

—Continuar—repuso mi amigo—quiere decir dedicarse por entero al arte, ¿no es eso?

—Sí..., eso.

un rato juntos, fumando y pensando cada uno para sí.

Yo, la verdad, estaba todavía mal despierto.

El intruso, percatándose de su inoportunidad, comenzó por disculpar su intrusión:

—Como vine ya varias veces y me dijeron que sólo le encontraría con seguridad por la noche, he creído que...

—Y ha creído usted bien. Ya lo ve. Pues usted dirá...

El chico me lanzó una mirada que lo mismo podía interpretarse como deman-



con las bocanadas de humo del cigarro.

Toda la habitación, medio iluminada por una lámpara encendida sobre la mesa, tenía, con sus estanterías atestadas de libros, sus muebles anchos y regalones, su espesa alfombra y el vaho de los licores y hasta el humo del tabaco odorífero, una atmósfera muelle y pesada que embotaba hasta el aturdimiento. La entrada de doña Paquita—única persona de la casa a quien la hosca solteronería de Manuel toleraba la entrada en el cuarto de trabajo—, esa entrada

—O sea, pretender vivir del arte usted y su madre, en lugar de dedicarse a una profesión, a un oficio; ¿no es eso?

—Sí..., eso.

El muchacho alargaba tímidamente su carpeta. Manuel la cogió y se acercó a la mesa, sacando uno a uno los dibujos bajo el círculo de luz de la lámpara. A medida que los dejaba sobre la mesa, después de examinarlos un rato, yo los miraba a mi vez. El silencio de mi amigo acallaba naturalmente las exclamaciones de admiración que me subían a los labios. ¡Esos dibujos me parecían sencillamente estupendos, revelación de un temperamento de artista al que sólo faltaba el ejercicio más prolongado de la técnica de su oficio para ser un artista extraordinario!

Pero Manuel Fontán los examinó todos sin decir palabra. Cuando hubo acabado, los volvió a guardar en la carpeta y entregó ésta a su dueño.

Este, en pie en medio del despacho, con gestos nerviosos que denotaban su intranquilidad y su impaciencia (recuerdo, sobre todo, un cerrar y abrir alternativamente la mano izquierda, que me produjo insupportable angustia), esperaba su sentencia, sin atreverse a interrogar.

Manuel le consideró un largo rato con la misma atención con que había considerado los dibujos. El chico, sin poder resistir ya su turbación, murmuró:

—¿La... le gustan?

—Mi amigo se acercó a él y le puso una mano en el hombro:

—¿Usted quiere mi opinión sincera, sin ambajes?

El muchacho afirmó con la cabeza, asustado.

Pues no están del todo mal para un aficionado. Pero condiciones de artista no las veo en usted.

El chico quedóse como atontado; no parecía comprender. Por fin, murmuró:

—Usted... ¿Usted cree?...

La voz de Manuel sonó aún más bronca que de costumbre:

—¿Cómo que si cree? ¿No me ha pedido usted mi opinión? Pues que no sirve usted para artista, que se haga usted zapatero, o sastre, o lo que sea, ¡qué demonio!

Se vio temblar la barbilla del muchacho como la de los niños cuando hacen pucheros. Bajó la cabeza, alzando así inverosimilmente sus hombros puntiagudos, y se fué hacia la puerta con paso de borracho y semblante de idiota.

No acertó con el agarradero de la puerta, y Manuel tuvo que abrirle.

Yo estaba atónito.

—Pero oye: ¿no te gustan esos dibujos? Manuel me miró con desprecio infinito.

—¿No los has visto?—preguntóme.

—Sí; pero a mí me parecían...

—Soberbios, ¿no es eso?—interrumpióme, gritando—. Y a mí ¿qué es lo que te crees que me han parecido, vamos a ver: jeroglíficos egipcios? Son soberbios, sí, señor; *so-ber-bios*.

—Pues, chico, no comprendo.

—¡Ah, claro! Te hubiera parecido natural que le dijese a ese muchacho: «Polo, es usted un genio. No profane sus manos en un oficio vulgar. ¡A vivir por el Arte, con mayúscula y dos erres, y a no comer un día sí y otro también, usted, su madre y la prójima y los prójimos que tenga el día de mañana, si la miseria o la tisis no le revientan antes!» Eso es lo que había que decirle, ¿verdad?

—¡Hombre!...

—Pues eso se lo dices tú, si quieres, y no delante de mí, que, ¡a Dios gracias!, yo soy más cuerdo.

—Pero el arte...—objeé.

—Deja en paz al arte, que buena falta le hace. Si de verdad puede en el chico el arte más que todo, será artista, a pesar mío y a pesar del hambre y de la tuberculosis, pierde cuidado. Pero que la responsabilidad sea suya, ¡sólo suya! ¡Que no pueda nunca, en un momento de desesperación, reprocharme mi consejo y mi aliento! Que eso de lanzar a uno al arte, como tú dices, es muy bonito y muy cómodo; se hace uno acreedor a todas las simpatías que despiertan los que le reconocen genio a todos los imbéciles; pero, ¡gracias! Para remordimientos me basta con los que ya tengo.

Yo estaba asombrado y casi creí que mi amigo deliraba.

Se dejó caer nuevamente en su butaca, y, encogéndose de hombros, con un ¡bah! que quería ahuyentar ideas molestas, volvió a encender el cigarro.

Pero yo no podía darme por contento.

—¿Qué historia te guardas detrás de todo eso?

—Una historia que no tiene nada de sensacional — respondíome—. La cosa más lamentablemente vulgar, o más vulgarmente lamentable, como quieras.

Tras un breve silencio, decidíose:

—Pero sí: te la contaré. Tal vez te sirva. No meditemos nunca bastante lo cotidiano, y conviene, de vez en cuando, sacar normas de conducta de los hechos insignificantes.

Y Manuel Fontán, confortablemente arrellanado en su butacón de cuero, lo bastante lejos de la lámpara para que la crudeza de la luz no turbase la melancolía de su evocación, y lo bastante cerca para que yo pudiese seguir en sus gestos la emoción de la remembranza, empezó a contar, entre chupada y chupada del habano, lo que a continuación relato.

Hará de esto lo menos diez años; yo era todavía joven, pero había dejado de ser un *joven*. Esto quiere decir que ya tenía mi firma hecha y que ya empezaba a sentirme rodeado de ese odio cordial con que los artistas prueban su respeto a los críticos dignos de este nombre. Vivía, como ahora, con mi madre; pero, bueno: todo eso ya lo sabes tú. Lo que probablemente no sabrás es que por aquel entonces yo tenía todavía la ingenuidad de ver en el arte a un especie de dios Baal, al que convenía aplacar a fuerza de ofrendas de almas palpitantes de adolescentes. Y como, afortunadamente para mí, no he tenido que saber por propia experiencia lo que es la bohemia, no comprendía todavía toda la fuerza de humanidad, de sensibilidad y de grandeza que se traga el vivir sin pan y sin jabón, declamando versos con tacones torcidos y golpes de tos.

Bueno; en éstas se me presentó un día un mocetón, que rezumaba a la legua, bajo su indumentaria ciudadana, el hombre de campo. Un ejemplar magnífico: alto, fornido, con unas mejillas como dos manzanas, unos ojos y unos dientes que daban ganas de morder sólo de verlos, unas manazas anchas como dos palas y un aire de candor y de alegría que atraían invenciblemente el gesto efusivo y el buen humor.

—¿Usted es don Manuel Fontán?

—Para servirle.

—Pues yo soy Jacinto Briones, y vengo de parte de Augusto Perella, el de Alcañiz. Aquí le traigo la tarjeta.

Este Augusto Perella era el administrador de unas fincas que mi madre tenía, junto a Alcañiz, si es que administrador puede llamarse a ir paulatinamente, con gran habilidad, eso sí, quedándose con todo lo administrable. La tarjeta, escrita sin ortografía, pero con letra muy historiada, decía, poco más o menos, esto:

Apreciable y distinguido señorito Manuel: Este que le mando es hijo de una prima mía, y va a Madrid a estudiar para abogado. Y como a él le tira también lo otro, y que aquí, los que lo entienden, dicen que vale para ello, pues se lo mandó a usted por si usted le quiere arrempujar un poco para que suba. Que él no es tonto, y mi prima sabrá agradecerlo, que tiene las mejores gallinas y el mejor rebaño de ovejas de toda la comarca.

Yo no me fijé, al pronto, en eso de lo otro que le tiraba al chico; pensé que aquel mocetón lo que quería era alguna recomendación en los exámenes.

—La cosa es — me dolí, y de veras, pues la simpatía de aquel chico repito que era irresistible—que yo no conozco a ningún catedrático. Pero buscaré, y quizás entre mis amigos...

—¡Ca, no señor; no se trata de eso!—interrumpió él con una risa que reconciliaba con todas las desesperaciones de este mundo. Lo de los exámenes ya se arreglará como se pueda. El favor que le vengo a pedir a usted es que vea unos monos que tengo y me diga si no los hacen peor otros que han ido a Roma. Mis padres quieren que sea abogado; pero a mí lo que más me gusta es pintar. En el pueblo ya he retratado, como quien dice, a todos los que tienen cara de personas. Pero mis padres, *ele* que *ele*, que abogado. Por más que les dicen el maestro y el señor cura, como si nada. Pero el tío Felipe dice que si un escritor como usted, que han visto su fotografía tantas veces en el *Gráfico* y en el *Blanco y Negro*, les dijese que valgo para pintor, ya sería otra cosa. ¿Quiere usted venir?

Su alegría y su expansión eran comunicativas.

—¿Ahora mismo?—pregunté, riendo.

—¡Por mí, cuanto antes mejor!—contestó él.

Y yo, sugestionado por su juvenil fogosidad, exclamé:

—¡Pues vamos allá, muchacho!

El estudio de mi buen Jacinto estaba situado en el último piso de una casa vieja de una calle vieja. Era menester trepar no pocos escalones para ver los monos. Nunca me han hecho gracia las escaleras, y al tercer rellano ya estaba arrepentido del impulso que, sin casi saber cómo, me había sacado de mi confortable cuarto de trabajo para seguir a este mocetón cuyo destino perfecto era visiblemente el de trazar, sudoroso y despechugado, tras una buena yunta, los surcos de su campo.

Algo de esta impresión, siquiera en su primera parte, debió de adivinar él, pues se volvió para preguntarme:

—Es mucha escalera, ¿verdad? Diga usted que en mala hora se le ocurrió venir. Pero ya falta menos—concluyó, a modo de consuelo, soltando otra de sus sonoras carcajadas.

—¡Ah, claro!—no pude menos de responder, riéndome también.

Por fin, llegamos. Jacinto introdujo una llave formidable en la rechinante cerradura de una puerta de cuarterones, y aplastó cuanto pudo su enorme corpulencia contra la pared para dejarme paso.

El estudio no tenía nada de particular. Era uno de esos estudios bastante espaciosos y harto destaralados que se ven todavía en las casas antiguas, y cuya luminosidad, con su perspectiva de tejados, tragaluces de bohardillas y ventanucas con tiestos y ropas puestas a secar, sorprende como una decoración de teatro después de la interminable ascensión en las tinieblas de la angosta escalera. El mobiliaje lo componían dos o tres caballetes, dos o tres sillas, una tarima, un *ruso* y un botijo. Pero ¡qué

monos, chico! ¡Aquello era una orgía de color, una borrachera de tonos! Todo el sol y toda la luz del mediodía recogidos, triturados y exaltados por una retina y un temperamento privilegiados y refinados. ¡Dios o el Diablo sabrían por qué misterio! Faltaba técnica, claro está; pero ¡qué fuerza! ¡Qué sensibilidad! ¡Qué revelación!

Mi entusiasmo debordaba en frases entrecortadas, en exclamaciones. ¿Abogado, Jacinto? ¡Pintorazo, sí, artistazo, y de los de primera fila, de los que marcan una época! No puedo recordar todo lo que dije; si recuerdo que saqué a colación al Veronés, a Tiziano, a Goya y al Tintoretto; que Jacinto me dio un abrazo que me dejó molido, y que aquella misma tarde escribí dos cartas: una, al administrador de marras, agradeciéndole el haberme proporcionado el conocimiento de un genio en ciernes, y otra, a los padres de Jacinto, certificándole que era un crimen, un verdadero crimen, pretender ahogar las extraordinarias condiciones artísticas de su hijo bajo el peso sin gloria de los libros de texto, y pronosticando a su heredero la más brillante y triunfal carrera.

A los pocos días, Jacinto me trajo la respuesta de su casa: puesto que un señor escritor como yo lo decía, sería verdad que su hijo serviría para aquello. Y puesto que tanto le tiraba la pintura, no querían contrariarle la vocación. Habían consultado con el señor cura y con el primo, y el chico podía dejar la carrera. Ellos le mandarían lo bastante todos los meses para que aprendiese pronto. La cosecha no se anunciaba buena ese año, pues había mucha langosta; pero, si fuese necesario, hipotecarían parte de la labranza, que ya se ganaría más tarde, cuando el artista tuviese fama. Y la carta acababa con dos encargos de la madre: el de pintarle una Purísima para la sala, porque la estampa que tenía estaba medio comida por las moscas, y el de preguntarme si me gustaría más recibir unas docenas de huevos recién puestos o unos quesos de oveja.

Jacinto estaba como loco, y yo no lo estaba menos. Me parecía que jugaba al Mecenaz, al León X, ¡qué sé yo! Mi papel de protector de un genio me embriagaba tanto como a él su presunta genialidad. Le presenté orgullosamente en mis tertulias de artistas y de literatos. Eramos inseparables. Y así llegó aquel año la época de la Exposición nacional.

Jacinto obtuvo una tercera medalla. Ciertamente es que mi *chin-chin* no contribuyó poco en ello. Pero, en fin, se la dieron y, por primera vez, su nombre salió en los periódicos. Marchó al pueblo. Excuso contarte: lo recibió en la estación el Ayuntamiento en pleno con el orfeón. Hubo un banquete monstruo, en que se emborracharon lo menos veinte personas, y a los postres del cual, tres horas después de haberse sentado a la mesa, el alcalde abrazó al artista y le anunció su nombramiento de hijo predilecto del lugar.

Para el otoño, Jacinto volvió a la corte, siempre tan fornido, tan alegre, solamente algo más tostado y, a lo que me pareció, un poquito engreído. La cosa no era para extrañarse; no son muchos los chicos que, estando, como quien dice, con la leche en los labios, sienten ya la caricia embriagadora de la gloria.

Me precipité en su estudio para ver los trabajos del verano. Esta vez mi opinión no era ya esperada con ansia, como un fallo.

—¡Eh!, ¿qué le parecen?—preguntóme Jacinto con tono que anticipaba mi admiración.

No supe responder al pronto. Los lienzos que tenía ante mí ya no eran lo que yo creía. Tenían un no sé qué de amargado que se daba de cachetes con la espontánea jugosidad que me había seducido en sus predecesores. ¿Si lo que primero me había entusiasmado habrían sido sólo cualidades superficiales, aciertos casuales de aficionado bien dotado? Deseché al punto tan disparatada imaginación. Pero mi papel de consejero y protector me autorizaba, más aún, me ordenaba la franqueza. Resueltamente fui sincero:

—Te diré—comencé, mirando de frente a Jacinto—: creo que vas equivocado. Me gustaba más lo que hacías antes.

Jacinto quedóse estupefacto; pero su estupefacción fué breve. Sin decir palabra, volvió a colocar sus lienzos cara a la pared, con un gesto que claramente decía: «El equivocado puede que lo seas tú».

Sentí cierto malestar; no insistí y me despedí al poco.

Estuvimos bastante tiempo sin vernos. Lo que consideraba la ingratitude de mi protegido dolíame horribilmente. Y también, ¿por qué no decirlo?, en el fondo me mortificaba como un menosprecio de mi autoridad en materia de arte. Mas no era a mí a quien cumplía dar el primer paso. Hasta que un día—habrían transcurrido unos dos o tres meses—, al volver a casa, a la hora de comer, me encontré a Jacinto, que llevaba media tarde esperándome. Mi alegría fué sincera:

—¡Hola, hombre! ¡Por fin! Nos abrazamos algo emocionados, y me explicó que tomaba parte en un concurso del Círculo y que venía a rogarme que le recomendase al Jurado.

—Y ¿qué presentas?

—A eso venía, a que viniera usted a verlo. Seguramente le gustará. Aunque no debiera decirlo, creo que está bien.

¡Había que oír cómo pronunciaba ese *bien*!

Sin querer reparar en lo interesado de la vuelta del *protegido prodigo*, a la mañana siguiente, a primera hora, me encontraba yo en el estudio. La obra no estaba mal... pero tampoco estaba bien. Era una cosa bien trabajada, vulgar hasta más no poder. Y esta vez no me atreví a ser franco. Colgado en la pared veía uno de los primeros lienzos, de los que tanto me habían entusiasmado, y la comparación se imponía de por sí. Lo primero era, no obra cuajada, pero sí promesa, posibilidad de creación. Dotes, condiciones que el uso estropeaba, y digo *el uso*, porque nuestro hombre, falto del genio creador, sólo sabía resobar sus espontaneidades.

Comencé a sentir una impresión de desagrado para conmigo mismo, algo así como el sentimiento de mi responsabilidad, y, para llamarlo por su nombre, como un remordimiento.

—Te recomendaré—prometí, cobarde, Jacinto, con su ingenua alegría, guiñó un ojo en una expresión picaresca.

—¿Es que no es sólo el premio, sabe usted?

—¿Pues...?

—Que si me lo llevo me caso en seguida. ¡Mire usted qué mujer!

Sacó de su cartera el retrato de una chica preciosa.

—¿Quién es esta muchacha?

—Una vecina de aquí abajo; una señorita, ¡no vaya usted a creer! Y con eso de que se habla de mí, está más colada!

—Pero ¿has pensado en serio en casarte ahora?—pregunté, asombrado.

—¡Anda! ¿Y por qué no? ¿No voy a ser pronto célebre? Con el arte, valiendo lo que yo, no hay que esperar como con una carrera. Si al principio no gano, ya me mandarán los viejos; con lo que tienen hay para unos años. Más tarde, ya no me hará falta que me ayude nadie. Como no sea usted—corrigió con aldeana cazarería.

Discutir hubiera sido inútil. No se dis-

pero Jacinto ni me oía: se desataba en improperios contra los miembros del Jurado y prometía darles en la cabeza a todos esos trogloditas fosilizados en su crasa ignorancia.

Al mes vino a pedirme que le apadrinara la boda. Su novia, convencida también de la injusticia y la envidia que rodeaban al amado, aceptaba, convencida, su elevada misión de inspiradora y de consolación.

Mi amigo hizo una pausa. Habíase desvanecido por completo el arroboamiento que la comida y los licores de sobremesa habían llevado a su rostro. Ahora,

dejarme embargar por el malestar que me producía. Y casi había conseguido alejar esa obsesión, cuando un día, no hace mucho, recibí una carta, firmada por Jacinto Briones, pidiéndome veinte duros, con las frases tradicionales del sablista habitual. Las señas eran las del estudio. ¡Si hubiera tenido el dinero a mano creo que lo habría enviado por correo, sin querer saber más! Pero ese día, por no sé qué fatalidad, me era imposible enviar esa cantidad, y comprendí que el no contestar hubiera turbado mi tranquilidad para siempre. Hice un esfuerzo de voluntad, y fui. Me abrió una marchita, con embrutecido aspecto de miseria. Tenía un niño en brazos, y otro niño, algo mayor, estaba sentado en el suelo. El estudio era el de siempre; pero se había convertido en un zaquizami infecto que condensaba toda la vida de la familia: con los caballetes y los lienzos alternaban ahora una cama de hierro, un armario de luna sin luna, un hornillo, ropas por las sillas, una palangana sobre la mesa... ¡Y el aspecto de esos niños y de esa mujer!

Jacinto no estaba. Había tenido que salir a comprar unos colores; pero no tardaría.

Al oír esto, me estremecí. ¡Comprar unos colores! ¡Todavía duraba la acción del veneno!

Me senté en una silla y esperé, sin poder decir palabra, la vuelta de Jacinto. De no verle ahí, no le hubiera conocido: delgado, con una barba de ocho días, sin cuello... No sé qué absurda idea me asaltó de pronto, y tuve miedo, un miedo cervical, de que ese hombre me insultase, me agrediese tal vez, llamándome ¡cana!

Pero su cólera, que estalló lla, asesino!

al verme, en efecto, no se dirigió a mí, sino a esos idiotas, los jurados, los artistas de fama, los críticos, el público, todos los culpables de que sus obras (*sus obras*, ¡cómo lo decía!) no se premiasen, no se vendiesen, no le hicieran el pedestal que merecía su genio.

—Ya ve usted: yo aquí, como un miserable, habiendo tenido incluso que sacrificar mi estudio para traer aquí a la familia, y ¡hay que ver los buñuelos que triunfan por ahí!

Pero al despedirme tuvo un relámpago de optimismo:

—¡En fin, tampoco el *San Mauricio* de El Greco le gustó a Felipe II!—Definitivo, ¿eh?

Manuel calló y yo respeté su silencio. También yo sentía cierto malestar. Me parecía ver aquel mozo fornido y alegre, antes descrito, muerto a traición por el pobre bohemio degenerado en su irremediable miseria y en su incurable manía.

Mi amigo, bruscamente, se incorporó y me gritó en la cara:

—¿Lo comprendes ahora por qué le he dicho antes a ese infeliz que se haga zapatero? Si de verdad el arte puede en él más que todo, si es arte verdad, ya saldrá a relucir, a pesar de lo que yo le haya dicho. Y si no, al menos que me deje dormir tranquilo! Ayer precisamente me encontré a Jacinto; quise evitarle; crucé la calle. Pero me vió y se vino tras de mí para sacarme un duro...

Margarita NELKEN

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



cute con los borrachos, y ese nombre estaba borracho, borracho de gloria, de arte... De palabras tuyas, decíame una voz de reproche en lo recóndito de mi pensamiento.

Le recomendé. Podía haber tenido el premio con toda justicia, por aquello de que en tierra de ciegos... Pero, bien fuese por el poder de otras recomendaciones más influyentes que la mía, bien fuese porque la mayoría del Jurado prefiriese en verdad la obra de otro concursante, la cosa es que no se lo dieron.

Quise aprovechar la coyuntura para sermonearle; tal vez por otro derrotero... Y hasta intenté, a la desesperada, recoger las velas de mi imprudente exaltación; el arte era ingrato...; con un poco de sacrificio se podía compaginar su ejercicio con los estudios de una carrera, que al fin y al cabo no era muy penosa, y podía servir más tarde para practicar el arte con sosiego...

hundido en su butaca, hablando, con la cabeza baja y la voz queda, ofrecía el aspecto de un pobre hombre que remueve las cenizas de sus malos recuerdos.

Tras unos instantes, prosiguió:

—La continuación de este, por desgracia, verídico folletín ya la habrás adivinado. Jacinto no tardó en comprender que mi admiración hacia él se había enfriado considerablemente, y no me lo perdonó. Yo, a mi vez, sentíame enojado por la tozudez del chico en no hacerme caso. Poco a poco nos fuimos distanciando. El derivó cada vez más hacia esos cenáculos bohemios en que se mezclan las acritudes de todos los fracasos. E insensiblemente le perdí de vista, sabiendo de él tan sólo por la nota de un catálogo de Exposición o una vaga referencia de algún conocido de ambos. Así pasaron varios años, durante los cuales, cuando me asaltaba el recuerdo de mi *protegido* procuraba desecharlo, por no

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO

PHILIPS

"ARGENTA"

CRISTAL OPALIN

ALUMBRADO

MEJOR
REPARTIDO
MÁS
MODERNO

LUZ

MÁS
Suntuosa
MÁS
DECORATIVA



Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRÁCTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS - ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

MANUEL LOPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

SERRANO, 17

AYALA 60

"Anís Balmaseda" MALAGON (Ciudad Real)

AGUAS DEL INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

— BÓVEDA (LUGO) —